

JORGE DEZCALLAR

Una vida
entre
diplomáticos
y espías



Valió la pena
Jorge Dezcallar

Una vida entre diplomáticos y espías

ediciones península

© Jorge Dezcallar de Mazarredo, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2015

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-19.622-2015
ISBN: 978-84-9942-449-1

ÍNDICE

| | |
|----------------------------------|-----|
| Prólogo | 11 |
| 1. En busca de mi esmeralda | 17 |
| 2. Desde el Cono Sur | 51 |
| 3. Tan cerca y tan lejos | 70 |
| 4. Reflexión sobre Marruecos | 104 |
| 5. El fin de una anomalía | 121 |
| 6. Muerte en Beirut | 146 |
| 7. Cuando la Paz pasó por Madrid | 165 |
| 8. Me faltó tiempo | 192 |
| 9. Madrugada sangrienta | 261 |
| 10. Espaguetis con indulgencias | 312 |
| 11. Embajador en el Imperio | 385 |
| A modo de epílogo | 455 |
| Índice onomástico | 467 |

EN BUSCA DE MI ESMERALDA

Cuando miro para atrás, veo dos influencias decisivas y muy diferentes en mi temprana vocación diplomática: mi tío Guillermo Nadal Blanes y Emilio Salgari. Sobre el segundo, poco hace falta decir, sólo que sus aventuras en tierras lejanas excitaron mi imaginación de niño que soñaba con el Tigre de la Malasia y con el Corsario Negro. Mi tío Guillermo merece más explicación. Era diplomático y muy culto. Había traducido a Rilke y a Pushkin al catalán; hablaba ocho idiomas; había presentado sus cartas credenciales en Nueva Delhi en hindi y estaba aprendiendo turco en Ankara cuando sufrió un derrame cerebral que le produjo un hematoma en la cabeza, por lo que durante un tiempo sólo se pudo expresar en inglés. ¡Menos mal que uno se podía entender con él! Le visité en el hospital y me dijo: «La gente debe de pensar que soy un imbécil con pretensiones, pero hay tantos embajadores imbéciles que no se notará». Cuando le disminuyó la inflamación, recobró su dominio del castellano y de las demás lenguas que hablaba.

Tío Guillermo solía venir de visita a casa de mis padres cuando pasaba por Palma, y en esas ocasiones me dejaban estar un rato en el salón. Él, entonces, conmigo allí acurrucado, contaba anécdotas fascinantes como que veía salir el sol montado a caballo a las seis de la mañana porque luego hacía un calor insoportable en Nueva Delhi; que había ido a cazar tigres a lomos de un enorme elefante, o que había asistido a una cena dada por un maharajá en la que cada invitado descubría una

esmeralda escondida entre los pliegues de su servilleta. *Si non é vero...* Yo escuchaba con la boca abierta y ojos como platos y pensaba que mi tío vivía en directo las aventuras que yo leía en los libros de Salgari. Decidí a la sazón que yo también quería viajar y conocer ese mundo tan fabuloso y tan diferente de la España somnolienta de aquellos años en los que todo el país tenía legañas. A los doce años veía muy claro que deseaba ser diplomático, y organicé mis estudios y el aprendizaje de idiomas en consonancia con ese objetivo. Nunca tuve la más pequeña duda al respecto, y aunque jamás he cazado tigres a lomos de un elefante ni he encontrado mi esmeralda (confieso que he pasado muchos años desdoblado servilletas con la secreta esperanza de hallarla), he disfrutado de la suerte de divertirme siempre con mi trabajo en una carrera que ha llenado mi vida, me ha permitido conocer gentes interesantes y me ha brindado otras aventuras. Ha sido un privilegio contar con un empleo que me hacía levantarme cada mañana con la ilusión de averiguar lo que el día me iba a deparar. A veces me han fallado las personas; en ocasiones me ha irritado ver lo que veía y otras veces he pensado que podríamos hacer más de lo que hacíamos o que deberíamos proceder de otra manera. Pero mi profesión nunca me ha decepcionado. Sólo más tarde me he dado cuenta de que era precisamente allí donde estaba mi esmeralda. Y si en el camino he podido contribuir con mi grano de arena a lograr un mundo un poco mejor, pues también me alegro mucho, porque si no creyera que los problemas se pueden arreglar razonando y no a bofetones no habría podido dedicarme a esto.

Más tarde, a partir de los catorce años, también comencé a tratar a otro diplomático que frecuentaba la casa de mis padres, ya en Madrid: Enrique Larroque, más interesado por la política que por el exotismo y fundador del Partido Liberal, en la más honda tradición española que ha dado al mundo este sustantivo junto con otros como guerrilla o siesta. Su error estribó en desconocer que el nuestro no es un país de liberales, sino

más bien cainita, donde las cosas son blancas o negras, con izquierdas y derechas bien definidas, que es, como sostenía Ortega y Gasset, otra manera de comportarse como imbéciles. Algo parecido decía Agustín de Foxá cuando afirmaba que los españoles vamos siempre detrás de los curas «o con un cirio o con un palo». Triste destino el nuestro, tan trágicos siempre y tan faltos de matices enriquecedores, cuando el mundo entero es un vasto mosaico de grises. Los italianos lo saben bien. El caso es que Larroque no quiso entrar en la UCD cuando se lo ofrecieron, y ahí se acabaron sus veleidades políticas. En «la carrera» lo llamaban cariñosamente el *Petit Larroque Illustré*. Él amplió mucho mis horizontes intelectuales: me hizo descubrir con Platón la diferencia entre percepción y realidad, así como a gentes tan dispares como a Søren Kierkegaard y su angustia, a Milovan Djilas —el comunista yugoslavo desengañado— o a Pío Baroja y su anarquismo existencial, entre muchos otros. Siempre se lo agradeceré.

Si no ha habido esmeraldas en mi vida, he disfrutado de algunas dosis de exotismo y aventura con las que me gustaría comenzar estos recuerdos selectivos, pues ambos aspectos fueron, en definitiva, los dos motores que me llevaron a la diplomacia.

EL DURBAR DE MAIDUGURI

En diciembre de 1986, cuando era director general de Política Exterior para África, acompañé a los Reyes al *durbar* de Maiduguri, cerca de Kano, en el norte de Nigeria, la zona que luego ha pasado a estar dominada por Boko Haram. El *durbar* es una ceremonia de raíces medievales, pintoresca por su abigarramiento y espectacular por su brillantez, que sólo se celebra de uvas a peras. De hecho, el último festival de este tipo había tenido lugar en 1972 en presencia del emperador Haile Selas-

sie, y el anterior, en 1956 con la reina Isabel II. Es algo tan singular que las autoridades nigerianas aprovechan para invitar a alguien importante, y ese año el presidente Haruda Babangida pensó en nuestros Reyes, que también querían mostrar su interés por África y sus problemas. En el *durbar*, los señores feudales de las tribus hausas del norte del país, musulmanes, prestan juramento de vasallaje al sultán, conocido como el *Shebu* de Borno; éste es su jefe tradicional, pues allí nadie parecía hacer demasiado caso al gobernador que nos acompañaba en representación del Gobierno central de Lagos. En esto hay algún parecido con lo que ocurre en Marruecos, donde a la realidad oficial de ministros y *walis* se superpone otra, no menos real, de jefes tribales, descendientes del Profeta conocidos como *chorfa*, y cofradías religiosas con decenas de millares de miembros. No es infrecuente que un problema se solucione antes recurriendo a ellos que a una Administración lenta y poco eficaz, como pude comprobar durante los años que fui embajador allí. Pero si bien nadie prestaba atención al gobernador, en la delegación española estábamos entusiasmados con la ministra de Presidencia, que se desplazó desde Lagos para acompañarnos en Maiduguri. Era una señora guapísima y de nombre imposible que nosotros resolvimos llamándola «La Moscosa» en homenaje a aquel ministro del ramo tan querido por los funcionarios por haber autorizado varios días al año de libre disposición.

El *durbar* se celebraba en una gigantesca explanada, más o menos rectangular, de unos quinientos metros de longitud y no menos de doscientos de anchura; ésta se encontraba rodeada de tiendas, como las jaimas marroquíes, ocupadas por millares de personas, allí congregadas para participar en el acontecimiento o que simplemente acudían a verlo desde remotos lugares. Entre las tiendas, dentro de ellas y detrás de ellas había caballos, vacas, corderos y gallinas; se encendían hogueras para asar pitanzas entre nubes de polvo y se armaba una algarabía de

gritos y música en un ambiente muy festivo y muy medieval, que me recuerda a otra fiesta que viví en la fortaleza de Sohar, en el sultanato de Omán, donde peleaban toros y carneros entre los cantos y bailes de una multitud entusiasmada y engalanada. Ambos festejos parecían haber resucitado del fondo de la historia. En Maiduguri, el sultán tomó asiento bajo un baldaquino acompañado por los Reyes y el resto de autoridades presentes. Delante, a unos treinta metros, había una línea de estacas cortas plantadas en la tierra y pintadas de azul, blanco y rojo; hasta ellas se iban acercando a paso lento los nobles con sus heterogéneas comitivas en un desfile que se antojó interminable. Se aproximaban siguiendo un orden que debía marcar grados y preeminencias entre ellos, dado que el protocolo también era aquí muy importante, y lo hacían en grupos separados por espacios vacíos de unos treinta o cuarenta metros, cabalgando magníficas monturas y ataviados con antiguas armaduras que brillaban como la plata y que acompañaban de turbantes multicolores, cascos emplumados, sables al cinto y una gran lanza que integraba el uniforme, pues todos la llevaban, igual que las gafas de sol Ray-Ban y relojes de gran tamaño y doradas refulgencias. Los caballos iban, a su vez, soberbiamente enjaezados, con gualdrapas y ornamentos de tonos vivos, grandes pectorales de plata y borlas de lana de colores brillantes que colgaban de sus costados. Era una visión deslumbrante bajo el implacable sol de Nigeria.

Todos estos señores feudales iban seguidos por una comitiva, y los más importantes se cubrían con un enorme parasol como símbolo de autoridad, igual que el rey de Marruecos en las grandes ceremonias. Estas sombrillas eran, en general, amarillas o blancas, y también estaban ricamente adornadas. El resto de los acompañantes, que podían alcanzar la treintena en el caso de los grupos más numerosos y que nunca bajaban de la decena, avanzaban a pie —salvo algunos pocos que debían de tener mayor jerarquía que los otros y que también montaban a

caballo— y tocaban con entusiasmo las músicas más variadas con flautas y trompetillas y mucha percusión a base de tambores de diverso tamaño y diseño. El alboroto resultante era indescriptible tanto por la forma en que interpretaban lo que tocaban como porque cada grupo iba a su aire y su melodía se mezclaba con la que entonaba el grupo que lo precedía y el que venía justo después, hasta llegar a donde nosotros estábamos como una masa apelmazada y discordante en la que sólo en ocasiones se identificaba un sonido limpio. Estos miembros del séquito también vestían lujosamente esas típicas camisas de colores fuertes que cuelgan hasta las rodillas y cubren unos pantalones tirando a estrechos en los que una de sus perneras podía ser azul y verde o roja la otra, como las que usaban los cortesanos del *Cinquecento* en los cuadros de Benozzo Gozzoli. Aun así, todos los grupos exhibían una cierta uniformidad interna, mejor en unos que en otros, y el conjunto resultaba de lo más colorista y bullanguero.

Cuando el grupo llegaba a las estacas situadas frente al *She-bu* de Borno, el jefe inclinaba su lanza hasta que la punta tocaba el suelo en señal de vasallaje, mientras arreciaban las músicas y los gritos de los enardecidos acompañantes y el sultán agradecía la muestra de sumisión con un leve saludo de cabeza. Me contaron que antes los señores feudales llevaban armas de fuego, pero que se habían prohibido hacía unos años, cuando alguien le quiso pegar un escopetazo al sultán, y es que no hay como ser precavido para evitar disgustos. La multitud animaba y recibía con gritos de entusiasmo a aquellos a quienes conocía o cuya uniformidad y acompañamiento musical resultaban particularmente logrados, en unas preferencias que no resultan fáciles de comprender para el profano. Como es natural, a medida que pasaban las horas aumentaban el calor y el polvo que levantaban cabalgaduras y comitivas en aquella explanada amarilla, y por eso agradecemos, cuando llegó el final, que el sultán nos invitara a un refresco en una lujosa jaima. Fue un privilegio

haber podido asistir a una ceremonia tan pintoresca y antigua en el corazón mismo de África.

Al regresar a Lagos nos alojamos en State House Marina, residencia oficial para jefes de Estado extranjeros, desde donde salió al día siguiente la caravana de automóviles encabezada por el que llevaba a los Reyes y al presidente Babangida al aeropuerto. A mí me tocó ir en el último coche de la fila con Chenchó Arias, que era director general de la Oficina de Información Diplomática, con la mala pata de que se cruzó en nuestro camino un camión del ejército conducido por un majadero que nos bloqueó y nos descolgó de la caravana, que vimos alejarse escopetada entre motoristas y el ulular de sirenas por una autopista que debía de haber permanecido un buen rato cerrada al tráfico, a juzgar por los numerosos vehículos que se habían acumulado en todos sus accesos y que la invadieron entre bocinazos tan pronto como pasaron los coches oficiales. Y allí nos quedamos atascados Chenchó y yo, viendo impotentes desaparecer en el horizonte a nuestros compañeros de viaje mientras nos engullía la masa de todos los automóviles que debían de llevar horas esperando y que estaban comprensiblemente nerviosos e irritados.

En ese momento, nuestro conductor nigeriano se volvió hacia nosotros y con aire compungido nos dijo que era imposible salir de aquel monumental atasco y que nos olvidáramos de llegar al aeropuerto a tiempo, máxime teniendo en cuenta que los que nos precedían iban rodeados de motoristas que los hacían volar por el asfalto. «A menos... —añadió guiñando un ojo cómplice en busca, ya perdida toda esperanza, de una propina, como los que entran en el infierno de la *Divina Comedia*—, a menos que —repitió— ustedes me autoricen a atravesar la mediana de la autopista y asuman el riesgo de ir a contramano hasta el aeropuerto.» Chenchó y yo nos miramos y, prueba de nuestra juventud y de nuestra desesperación, es que le dijimos que sí, que adelante y que no perdiera más tiempo hablando.

Dicho y hecho. El tipo cruzó la mediana, encendió los faros, sacó un pañuelo por la ventanilla, tocó la bocina de forma ininterrumpida y allí salimos los tres disparados por el carril contrario, tipo suicida, camino del aeropuerto. El claxon se estropeó en seguida. Los coches que venían de frente nos iluminaban con los faros y sus conductores nos hacían todo tipo de gestos —entre los que debo reconocer que los abiertamente obscenos eran amplia mayoría—, y luego nos esquivaban como podían, pues nuestro chófer no se movía de su carril: parecía que le habían pegado al volante de tan apretadas que llevaba las manos sobre él. En un intento de distraernos, Chenko y yo recordamos aquella película de James Dean en la que unos jóvenes demostraban lo machos que eran enfrentándose en dos coches que conducían a gran velocidad; el primero que se desviaba para evitar el choque perdía la apuesta. *To play chicken* —ser un gallina, diríamos nosotros—, creo que era como le llamaban al jueguecito de marras. Y así logramos llegar a tiempo al aeropuerto. No me acuerdo bien, pero supongo que debimos de darle una buena propina a nuestro intrépido y temerario conductor. Cuando subimos al avión, a los dos nos temblaban las piernas. No sé a Chenko, pero a mí me habría ganado James Dean sin mayor esfuerzo.

LAS CATARATAS VICTORIA

Estando en Zimbabue con los Reyes, nos llevaron a conocer las espectaculares cataratas Victoria, las más grandes del mundo, en la frontera con Zambia, donde el río Zambeze, de gran anchura, se precipita por un abismo de 108 metros de altura y 1,7 kilómetros, tras lo que continúa luego por un cauce mucho más estrecho que deja muy poco espacio para observar el espectáculo sin ponerse hecho una sopa al mismo tiempo. Las del Niágara son unas cataratas más domesticadas, entre otros por

nuestro compatriota Torres Quevedo, que construyó allá por el siglo XIX un funicular metálico; las de Iguazú constituyen, para mí, las más espectaculares, y al verlas, uno no puede evitar pensar en Robert De Niro rebozado en barro y arrastrándose río arriba con una pesada carga. En ellas me envenené con un surubí, un enorme y grasiento pescado fluvial, que, según mi mujer Pilita, debía de ir destinado al general Videla, el cual, en plena época de la dictadura argentina, ocupaba una mesa próxima a la nuestra. En Victoria me ocurrió otra aventura con mi amigo Chenko, esta vez por idiotas. Resulta que no había forma de disfrutar de las vistas sobre las cataratas porque había una marabunta de gente y sobre todo numerosos guardaespaldas y fotógrafos que se atropellaban en su deseo de sacar las mejores fotos de los Reyes con el maravilloso fondo de la cortina de agua. Harto de empujones y sabiendo que la visita estaba programada para un par de horas, le propuse a Chenko visitar las cataratas por nuestra cuenta; así, nos adelantamos a la muchedumbre, adentrándonos por un camino estrecho y serpenteante a lo largo del curso del río que recibe un continuo chaparrón de agua en forma de gotas microscópicas que alcanzan de modo inmisericorde a quienes por allí pasean. Al cabo de un rato, como consecuencia de las permanentes curvas, dejamos de ver a los que nos seguían; ni sospechábamos que la Reina se cansaría pronto de la nube de agua en suspensión y del fuerte calor y humedad y decidiría acortar la visita y regresar a Harare antes de lo previsto, sin que, como es natural, nadie se diera cuenta de que nosotros dos continuábamos alejándonos camino adelante. Fui yo el que tras un buen rato le sugerí a mi compañero detenernos hasta que nos alcanzara el grupo principal, pero Chenko se negó diciendo que teníamos dos horas por delante y que estábamos mucho mejor solos y disfrutando del precioso espectáculo. De manera que proseguimos, hasta que nos paramos un instante, miramos hacia detrás y vimos que nadie asomaba por la última curva del camino,

por lo que optamos por ir nosotros hacia atrás. Dimos la vuelta a una curva y comprobamos que no había nadie, a otra y nadie, y aquello empezó a preocuparnos; cada vez andábamos más deprisa, hasta que comenzamos a correr cuando nos percatamos de que al parecer nadie nos había seguido. El camino que habíamos transitado estaba por completo vacío.

Debo reconocer con cierta vergüenza que Chenchó, un habitual del *jogging*, me dejó pronto atrás pese a ser mayor que yo, con lo que las repetidas curvas pronto impidieron que existiera contacto visual entre nosotros. Cada vez estaba más inquieto y cada vez corría más y sudaba más, a lo que se añadía la humedad del ambiente. Al poco, estaba hecho una auténtica sopa. De repente noté que el pavimento cambiaba bajo mis pies y vi un sendero que se abría a mi izquierda (a la derecha iba el río), que creí reconocer como el que habíamos tomado para llegar. Me metí por él después de pegar un par de gritos a mi compañero de aventura, que no me respondió, y desemboqué en la explanada donde habíamos bajado de los coches, que para mi desmayo estaba totalmente vacía, con excepción de un hombre blanco sentado en un banco; me dirigí jadeante a él y en buen castellano, como si eso fuera la cosa más natural del mundo en Zimbabue, le pregunté dónde estaba todo el mundo. «Se han ido», fue su lacónica respuesta. «¿Y uno que corría?», inquirí yo, con la esperanza de que mi compañero de escapada hubiera alcanzado la caravana y así los demás supieran que yo faltaba. «Aquí todos corrían», me contestó, lo cual es cierto en este tipo de situaciones en las que los Reyes se meten en su automóvil, la caravana arranca de inmediato y el que se descuida se queda atrás. Entonces me explicó que era un misionero que se había acercado a saludar a los Reyes, y yo le pregunté si tenía coche y si me podía llevar al aeropuerto, a lo que me contestó que antes tendría que ir a buscar a un amigo que se había ido a ver las cataratas. Dicho esto desapareció y nunca más volví a verlo.

Allí estaba más solo que la una y con la cara que se me puede suponer cuando vislumbré que por la desierta carretera se aproximaba un camión muy viejo y destartado conducido por un nativo. Me puse en mitad del camino mientras movía paroxísticamente los brazos conminándole a detenerse. Cuando lo hizo, me subí al peldaño de su portezuela y le dije en inglés: «Mire, viaje con los Reyes y le ofrezco veinte dólares si es capaz de llevarme al aeropuerto antes de que se vaya mi avión». Me miró sorprendido, pues imagino que no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo, pero me respondió: «*U.S. dollars?*», porque el dólar norteamericano valía bastante más que el local, y allí mismo nos pusimos de acuerdo y salimos renqueando hacia el aeropuerto mientras me comentaba que no habría más aviones en un par de días y que la única posibilidad que tenía para salir de allí era el tren, pero que no me lo aconsejaba porque los bandidos lo asaltaban con frecuencia y tomaban rehenes.

La verdad es que dos carreras al aeropuerto en el mismo viaje era un poco excesivo, y pensé que, si en Lagos la cosa había salido de milagro, esta vez era imposible que en aquella tartana pudiera llegar a tiempo. Sin embargo, al avistar desde lejos el aeropuerto comprobé con alivio que las colas de nuestros aviones —pues íbamos en dos, uno para los Reyes y otro para los numerosos miembros de los medios de comunicación que les acompañaban— sobresalían por encima del bajo edificio de la terminal de pasajeros. Pagué religiosamente lo convenido y crucé a la carrera el vestíbulo para desembocar en la pista donde estaban los aviones. El más próximo, el del Rey, tenía la escalera de acceso acoplada y desde arriba me miraba una azafata. A mi izquierda, una banda de música parecía estar deshaciéndose. Seguí corriendo hacia el avión mientras sudaba a rabiar y pensaba en la vergüenza que iba a pasar cuando tuviera que explicar a los Reyes y a todos los demás, que debían de llevar un buen rato esperando, que me había perdido por

imbécil. De modo que, con el corazón en la boca y sin aliento, subí de dos en dos los escalones y, todavía preocupado por Chencho, pregunté a la azafata local: «*Anyone missing?*» (¿Falta alguien?), a lo que ella, con una sonrisa, me respondió: «*No, sir. You're the first to arrive*» (No, señor. Usted es el primero que llega). En efecto, comprobé que el avión estaba vacío, y yo, aún sin entender bien lo que pasaba, me senté en el último escalón y, empapado de sudor, pedí una Coca-Cola bien fría.

La banda de música no se deshacía, sino que se estaba formando, y al poco rato empezó a tocar marchas militares mientras aquello se llenaba de gente y los Reyes y el ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, aparecían por la puerta de la terminal y se acercaban al avión; al verme, comenzaron a hacerme señas muy expresivas, como preguntando qué rayos me había pasado. Cuando subieron, les conté mi aventura, que causó muchas risas, y el ministro me dijo que se había dado cuenta de nuestra ausencia y que, para ganar tiempo, «se había llevado a toda la comitiva a hacer pis en un hotel del camino» porque, añadía, no quería que al día siguiente los periódicos españoles abrieran en primera plana con la noticia de que «se van a África y pierden dos directores generales». Fernández Ordóñez siempre pensaba en la prensa. Pregunté por Chencho, pero nadie sabía nada de él. Les conté que no había más aviones y que los trenes eran, al parecer, peligrosos, y el Rey decidió que le esperásemos un cuarto de hora y que, si no llegaba, regresáramos nosotros a Harare y que el avión de los periodistas se quedara aguardándole un rato más.

A punto de transcurrir los quince minutos de gracia, apareció Chencho por la puerta de la terminal corriendo y desencajado, igual que lo había hecho yo media hora antes. Sólo que a él lo acompañaba una joven local, azafata de uno de los aviones, que también se había perdido en las cataratas, lo que aumentó las bromas de los que desde el avión les veíamos acercarse a la carrera y echando el bofe. La Reina pidió entonces

que todos aplaudiéramos cuando entrara en el aparato para que no se sintiera mal, cosa que hicimos con gusto mientras él, apartando a todo el mundo, se dirigió hacia mí diciendo: «Pero ¿dónde te habías metido, cabronazo?». Por lo visto, no reconoció el lugar por donde habíamos accedido al río y, en consecuencia, se había adentrado en terreno desconocido, donde se había topado con la azafata, que para colmo llevaba puesta una camiseta del Barça, equipo del que Chenchó, madridista acérrimo, no es precisamente partidario. Dice mucho de su hombría de bien que, a pesar de ello, la rescatara. Me contó que había oído mis gritos, pero que no contestó porque pensó que lo seguía; sólo más tarde, al no verme, se preocupó al temer que me hubiera caído al río o que me hubieran secuestrado o qué sé yo qué otras elucubraciones igual de absurdas.

No quiero recordar la de chanzas que ambos tuvimos que aguantar desde aquel momento. El *Diario 16* relató con gracia la historia, que acabaron conociendo incluso quienes no habían viajado a Zimbabue y que se pusieron muy pesados con sus constantes bromitas. Poco después viajé a Túnez y Egipto con Felipe González, y todo el mundo me aconsejó en Luxor que no bajara del autocar, que me atase un cordel al dedo o que dejara un reguero de migas de pan por el camino...

EL SENTIDO MARROQUÍ DE LA HOSPITALIDAD

Esas cosas no podían ocurrir en el Vaticano o en Marruecos, que son los dos lugares donde se presta más atención a los detalles y cuyo protocolo resulta más sofisticado, como demuestra lo que me sucedió en cierta ocasión en que acompañaba al entonces Príncipe de Asturias en su primer viaje oficial a Marruecos. Entre los actos programados estaba una visita al puerto industrial de Jorf Lasfar, construido por Dragados, y el rey Hasán II tuvo la amabilidad de poner el tren real a disposición

del Príncipe y su pequeña comitiva de cuatro personas, dirigida entonces por el secretario general de la Casa Real, José Joaquín Puig de la Bellacasa. Un día antes se me acercó un señor circunspecto, vestido de negro de la cabeza a los pies, y me preguntó a qué hora deseábamos salir a la mañana siguiente. No sé por qué se dirigió a mí, porque yo no me ocupaba de esas cosas, pero sin pensarlo mucho ni cortarme un pelo le contesté que a las 8:23 a. m., que fue lo primero que se me ocurrió. Y me quedé tan fresco. Luego, ya en la cena, lo comenté y el Príncipe dijo: «Pues mañana todos a las 8:20 en el andén, que vean que somos puntuales». Y así se hizo. A las 8:20 estábamos los cinco a bordo y a las 8:23 el tren arrancó con la mayor puntualidad. Un poco más tarde, se me acercó el mismo hombre vestido de negro y muy serio me preguntó: «¿Dígame, señor, a qué hora desean llegar?». No me lo esperaba y solté una carcajada porque no supe qué responder. Ésa es la hospitalidad marroquí, que no tiene medida cuando desea agradar.

LOS ESCLAVOS DE GORÉE

A veces las cosas no resultaban tan gratas. En el curso de un viaje a Senegal con mi compañero Enrique Viguera, subdirector general en mi dirección, visité un lugar que me impresionó mucho, la isla de Gorée, muy cerca de Dakar, frente al cabo Manuel, donde hoy montones de niños se tiran al mar a recoger las monedas que algunos visitantes les arrojan. La belleza del lugar engaña sobre su siniestro pasado, pues fue uno de los principales puertos de salida de esclavos hacia el continente americano. De pequeña dimensión, con casas bajas encaladas con cubiertas de tejas y persianas verdes, ofrece un cierto aire mediterráneo que no desdice el viejo fuerte que la corona y que se adorna con cañones oxidados. Allí, en Gorée, en el patio de un pequeño edificio pintado de un engañoso color rosa fucsia,

se reunía a los cautivos apresados en razias por el continente y se les hacía pasar bajo una escalera doble de curvo diseño hasta que alcanzaban una angosta puerta situada sobre un océano de luz deslumbrante. Por esa puerta embarcaban para no regresar jamás a su mundo y a sus vidas, convertidos ya en mercancía humana, en piezas anónimas de ese motor que ha movido la economía mundial durante milenios y que puso en pie las pirámides, la gran muralla china o las plantaciones de azúcar de Jamaica a un precio terrible de muertes, sufrimiento y vidas destrozadas. Gorée es, en la costa occidental de África, lo mismo que Zanzíbar en la oriental: los principales puertos de la trata de esclavos. Durante los doscientos años que sirvió como desagüe del vecino campo de concentración, se calcula que entre diez y veinte millones de seres humanos cruzaron aquella pequeña puerta de la fortaleza de Gorée para embarcar rumbo a las Américas, adonde tan sólo una fracción de las personas llegaban con vida después de una travesía llena de penalidades, aherrojadas y estabuladas como animales en condiciones hoy difíciles de imaginar. No es de extrañar que fuera un senegalés, Léopold Sédar Senghor, quien levantó a partir de la década de 1930 la bandera la *négritude*, la bandera de la afirmación del orgullo de la raza humillada durante tantas generaciones, y que lo hiciera precisamente en compañía de Aimé Césaire, un descendiente de esclavos que habían partido de la isla de Gorée para trabajar en las plantaciones de azúcar de Martinica.

OUALATA

No olvido mi primer aterrizaje en Nuakchot, capital de Mauritania, país durísimo donde años más tarde fue embajador mi hermano Alonso. Era entonces una ciudad de un millón de habitantes que vivían en chabolas edificadas sobre la arena del desierto, sin agua corriente ni alcantarillas, aunque no olía mal

pues el sol lo secaba todo; lo malo era cuando llovía... La arena se le metía a uno en la misma alma en cuanto aterrizaba, por no hablar de la maleta o de los bolsillos del pantalón. Con José Corral, autor del libro *Ciudades de las caravanas*, tuve la suerte de hacer una visita a la pintoresca ciudad medieval de Oualata, hoy *in the middle of nowhere*, pero que fue un importante cruce en las rutas que atravesaban el Sahara desde Marruecos hasta Tombuctú y más allá, por donde se transportaba sal, oro y esclavos. En Oualata, nuestra cooperación ha logrado preservar la arquitectura y ornamentación propias del lugar y ha recuperado una importante biblioteca de la Edad Media, por no hablar de otras cuestiones más prosaicas como que ha dotado al pueblo de agua y ha creado una escuela de artesanía para las mujeres. Con estos precedentes no es de extrañar que nos recibieran como en *Bienvenido, Mister Marshall*, con escolta de camellos al galope y banderitas de España engalanando las puntas de las lanzas de los jinetes. Claro que nos lo merecíamos tras dos horas de avión desde Nuakchot y otras cuatro en todo terreno desde Nema, en las que nos hundimos media docena de veces en la arena antes de llegar a nuestro destino. Como signo de hospitalidad me sirvieron un cuenco de leche agria de camella que me bebí sin rechistar y sin que me quedaran parásitos de ningún tipo en el organismo. En otra ocasión, también en Mauritania, siendo yo el invitado de honor en una comida consistente en *mechuí*, mi anfitrión me ofreció ceremonialmente y delante de todo el mundo como bocado exquisito un plato lleno de ojos de cordero. No podía decir que no, así que cogí uno que me pareció que no me miraba y me lo metí en la boca sin pensar demasiado..., y reconozco que no estaba mal. Peor hubiera sido rechazarlo. En Botsuana he comido unas orugas asadas y curruscantes, muy parecidas a nuestra procesionaria, y sopa de leche agria en Yemen, y en México, larvas de hormigas... Y es que estamos llenos de prejuicios. En otra ocasión, también en Mauritania, se estaba acercando una plaga de

langosta de la que todo el mundo hablaba, una de esas nubes gigantescas que ensombrecen el horizonte, hacen que anochezca en pleno día, devastan los cultivos y devoran toda la vegetación que encuentran a su paso. A mi pregunta curiosa de cómo eran las langostas, mi interlocutor mauritano me respondió lacónicamente «*croustillantes*» (curruscantes), pues era habitual comerlas hasta que comenzaron a ser tratadas con DDT y otros insecticidas que dejaron a la población sin vegetación y privada también de esta fuente de proteínas.

HISTORIAS DE AVIACIÓN

Tanto viaje en avión implica momentos complicados, como cuando aterricé en la base de Andrews, junto a Washington, en un pequeño aparato militar que bailaba como una peonza debido a una fuerte tormenta, o en Windhoek, cuando, tras retirarse los sudafricanos y quedarse la capital sin torre de control, se nos cruzó una avioneta en la pista y el Casa-2 12 de la misión de la ONU que nos llevaba tuvo que abortar el aterrizaje (acompañaba ese día al vicepresidente Narcís Serra) con una brusca maniobra en el momento en que ya tomábamos tierra. Otro aterrizaje malo fue en São Miguel, en las Azores, cuando acompañé al presidente Aznar a una *cimeira* con los portugueses y el avión se enfrentó a fortísimos vientos, lo que mereció honores de portada en la prensa local. Al lado de esto impresionante menos lo de ir sentado sobre el chaleco antibalas en plena guerra de Bosnia-Herzegovina como medida de protección elemental por si, desde abajo, a alguien se le ocurría disparar contra nuestro helicóptero, que volaba a muy baja cota, o, ya en plan lúdico, la visita que una vez tuve la suerte de hacer a la ciudad nabatea de Petra en un helicóptero del ejército jordano, cuyo piloto se divirtió practicando arriesgadas y bruscas maniobras para embocar los estrechos valles que conducen a la

ciudad perdida... y para entretenerse un poco a costa del pasaje, aunque no tuvo éxito conmigo, pues tomé fotos muy bonitas desde ángulos inverosímiles de aquella maravilla que se extendía a mis pies. En ocasiones realizábamos viajes enloquecedores, como una vez con Fernández Ordóñez que cenamos en Damasco, desayunamos en Amán, almorzamos en El Cairo y regresamos a Madrid para dormir, u otro similar —esta vez con Javier Solana— en el que comimos en Berlín (recuerdo que Christo había «empaquetado» el Reichstag), cenamos en Helsinki y al día siguiente almorzamos en Atenas y dormimos en Madrid. Eran palizas que la edad soportaba bien. Pero no todo eran bromas. Cierta vez debí de caerle mal al vicepresidente Alfonso Guerra, a quien fui a esperar a Angola siguiendo las instrucciones de Fernández Ordóñez, cuando visitó el país como alto cargo del PSOE a su regreso de un viaje que le había llevado antes a Iberoamérica. Recuerdo que dejó una corona de flores de plástico con una leyenda del PSOE en la tumba de António Agostinho Neto, que los encargados del mausoleo colocaron junto a otra del club de fútbol Benfica. Cuando pretendí regresar a Madrid en su pequeño avión, en el que había plazas libres, su jefe de gabinete, Fali Delgado, que siempre me pareció que tenía pinta de banderillero, me negó el acceso al avión diciéndome: «¿Pero tú dónde *vah*?», y yo le contesté que a Madrid, con ellos, que tenían un Falcon con muchos asientos vacíos y que había supuesto que me podrían llevar. «Tè *equivocab*», me contestó, y luego añadió: «Para que lo *entiendab* bien, que al *visepresidente* le *gubta* viajar *ansho*». Tal y como suena. Creo que es una transcripción literal de la conversación que mantuvimos. Y allí me quedé yo, en el aeropuerto de Luanda, con la maleta en la mano y la cara de tonto que cabe suponer. Tardé tres días en encontrar un vuelo que me llevara hasta Kinshasa, donde aterricé a las tres de la madrugada con una maleta desventrada a navajazos y vacía.

UNA EVACUACIÓN ENTRE BOMBARDEOS

Durante mi gestión como director general de África, viví algunos momentos dramáticos, como el que se produjo en Liberia durante la guerra civil de carácter étnico entre guios, manos y krahn, que competían por hacer las mayores barbaridades a las órdenes de gentes como Charles Taylor, que ejecutó al presidente Samuel Kanyon Doe después de cortarle las orejas y filmarlo. En esa crisis aprecié el valor de los hermanos de San Juan de Dios, que se negaron a evacuar su hospital de Monrovia y con cuyo superior en Madrid discutía con frecuencia, pues si yo entendía que ellos aceptaran el martirio por estar con los más necesitados, él también debía comprender que mi obligación era evitar muertos entre los miembros de nuestra colonia. Es el mismo hospital que ha atendido a enfermos de ébola durante la reciente epidemia y cuyo director falleció contagiado por el virus. Tampoco esta vez han querido evacuarlo. Siento por ellos gran admiración. Allí aprecié también el valor de mi compañero Manolo Luna, que era embajador en Liberia, y las dotes de organización y de sacrificio de María Rosa, su mujer. Ambos vivieron escenas que me recordaban a la película *55 días en Pekín* cuando acogieron en su residencia a muchos refugiados aterrorizados y María Rosa montó en el jardín una cocina de campaña y unos medios sanitarios mínimos. Ni Herminio Morales, director general de Asuntos Consulares, ni yo mismo encontrábamos la forma de evacuarles, pues no daba tiempo a enviar un barco desde España y el aeropuerto no era seguro, ya que estaba batido por el fuego cruzado de los contendientes. Al final se nos ocurrió pedir ayuda a una flota estadounidense que regresaba bordeando la costa del continente africano. El Pentágono accedió a recoger a nuestra gente con la condición de que no subiera ningún liberiano a bordo y que abordaran a la flota en la playa de Buchanan, a unos trescientos kilómetros de Monrovia. Manolo Luna es-

tableció un convoy con todos los vehículos que pudo encontrar e invitó a otros diplomáticos y algunos hombres de negocios europeos a unirse a la evacuación. Ésta resultó bastante problemática porque en el momento fijado para la partida comenzaron a caer bombas junto a la embajada, lo que dificultó el arranque de la expedición. Era el domingo 12 de agosto de 1990 y Herminio y yo estábamos agarrados a una radio en el palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, desde donde le ordenábamos al embajador que se pusiera en marcha como fuera, pues si no nunca llegaría a tiempo a la cita de Buchanan, y los norteamericanos nos habían advertido que no podrían esperar. Entonces surgió otro conflicto inesperado porque uno de los funcionarios de la embajada se negaba a abandonar el país. Se trataba de Francisco Javier Molins Artola, una persona muy discreta que tenía una familia nativa y de quien se decía que había huido allí debido a las amenazas de muerte de ETA. Todo eran rumores y nada estaba claro, pero misterioso sí que resultaba. Su resistencia retrasaba la salida del convoy, por lo que al final le autorizamos a quedarse a condición de firmar un papel donde asumía los riesgos de su decisión, y que está fechado el mismo 12 de agosto.

Solventado este problema, el convoy se puso en marcha y, tras toda una serie de vicisitudes, incluidos bloqueos de rutas y controles inamistosos que el embajador Luna resolvió con una adecuada mezcla de firmeza y de habilidad, los coches llegaron a su hora a Buchanan, donde los estadounidenses hicieron honor a su compromiso y no tuvimos que esperar. En la playa quedaron tirados un montón de vehículos, con la comprensible desolación de sus propietarios y el regocijo de quienes se apoderaron de ellos acto seguido. Manolo Luna fue nombrado personaje Popular de *Cambio 16* el año siguiente junto con otras personas, entre las que también estaba mi cuñado Juanito López de Chicheri, que, siendo embajador en Bagdad cuando a Sadam Huseín se le ocurrió invadir Kuwait, hizo un estupen-

do trabajo sin perder nunca el gran sentido del humor que le caracterizaba. En cierta ocasión lo escuché en una entrevista por la radio en la que el periodista, uno de éstos a los que les gusta lo truculento, no paraba de preguntarle qué haría si los iraquíes tomaban a los embajadores como rehenes y los colocaban como escudos humanos en los previsibles objetivos de la aviación aliada y además no les daban agua ni comida y encima los encadenaban, y no sé cuántas memeces más. Rezaría, fue su lacónica respuesta.

Nunca más se volvió a saber de Javier Molins. Envié a un joven diplomático a buscarlo, Bernardino León, con quien me une una gran amistad desde entonces. Berna, como lo llamamos los amigos, se quería meter en los lugares más apartados y peligrosos en busca de Molins: «Pido autorización para bajar en piragua por el río no-sé-cuántos en busca del campamento de Taylor», me decía por radio, y yo le negaba uno tras otro los permisos que me pedía. «Ya hemos perdido un diplomático —le decía—, y no quiero perderte también a ti.» Luego me ha confesado que al final iba a donde él pensaba que debía ir, pero que con mis órdenes lo obligué a veces a dar grandes rodeos. No me arrepiento. Mi opinión es que Molins debió de morir asesinado, pero nunca se sabe, y su propio carácter misterioso dio entonces pábulo a los más diversos rumores. Cuando las tropas rebeldes entraron por fin en Monrovia, la embajada fue asaltada, y fueron asesinadas a bastonazos y machetazos todas las personas que se habían refugiado en ella. Hasta ahorcaron a un perro. Hay un escabroso relato acerca de lo ocurrido escrito con mucha ingenuidad y faltas de ortografía por parte de dos empleados que lograron sobrevivir escondidos en el falso techo de la cocina, desde donde fueron testigos de la cruel masacre. Es difícil imaginar el miedo que los pobres debieron de pasar durante los tres días que permanecieron allí ocultos.